

30

Barcelona Societat

Revista de investigació i anàlisi social



Ajuntament
de Barcelona

Febrero 2024

Palabras clave: Desigualdades, segregación, desvinculación, discriminaciones, ciudadanía

Brechas en transformación: ¿las bases de un nuevo contrato social?

Ismael Blanco^a y Ricard Gomà^{a,b}

Las vulnerabilidades del siglo XXI se despliegan en torno a la clásica dimensión material (eje igualdad/desigualdad), pero también lo hacen en torno a dimensiones adicionales: la espacial (eje mezcla/segregación), la relacional (eje comunidad/desvinculación) y la cultural (eje reconocimiento/discriminación). Las brechas del cambio de época adoptan lógicas de inequidad social, fractura espacial, fragilidad comunitaria y discriminación cultural. Y es en las intersecciones entre ellas donde se configuran los principales riesgos de exclusión. Estas dinámicas y sus cruces no operan en abstracto: lo hacen en el territorio, donde van cartografiando cotidianidades con niveles concretos de inclusión o mezcla; con presencia o ausencia de vínculos y reconocimientos. Crisis, transiciones y brechas múltiples dibujan un tiempo donde reconstruir la arquitectura de la solidaridad colectiva: un entramado de derechos conectado al cambio de época; un abanico de políticas conectadas a la nueva estructura de riesgos y esperanzas. Es necesario posibilitar el despliegue de una nueva agenda ecosocial; y hacerlo en marcos de más democracia y más política de proximidad: con más poder situado en manos de la gente y cerca de la gente.

Introducción

Las brechas sociales tejerán el hilo conductor de este artículo. Lo harán en sus múltiples expresiones: desigualdades, segregaciones, desvinculaciones, discriminaciones, asimetrías. Brechas antiguas y emergentes que plantean desafíos de reconstrucción de ciudadanía. De entrada, y para dotarlas de contexto, se requiere una breve referencia a tres crisis recientes y a tres transiciones en marcha.

- Hemos vivido una década larga marcada por sacudidas socioeconómicas intensas: la gran recesión, con sus enormes impactos sociales en un marco de gestión austera; la pandemia, con sus efectos sobre la salud, la actividad productiva y las condiciones de vida de barrios y colectivos vulnerables; y las espirales de inflación, desencadenadas por la invasión y la guerra en Ucrania, y ensañadas sobre los precios de muchos bienes y suministros básicos. Con el 15M primero y la COVID-19 después, resurge también la gramática de lo común, de lo colectivo, quizás más como necesidad humana transversal que como opción disponible en el abanico ideológico: se defienden en las calles los servicios públicos y se activan en los barrios las redes de apoyo mutuo. El antiguo búnker de la austeridad se convierte luego en la fuente de los fondos *Next Generation* europeos. Todo ello va redibujando brechas y solidaridades.

a. Universitat Autònoma de Barcelona. Institut de Govern i Polítiques Públiques (IGOP). @Iblancof.

b. Universitat Autònoma de Barcelona. Institut Metròpoli. @ricardgoma.

- Más allá de estas crisis, se alteran vectores de fondo: se desencadena al mismo tiempo un ciclo de transiciones intensas, múltiples y aceleradas; una lógica de cambio de época. En la esfera socio-comunitaria se perfila un mosaico emergente de vulnerabilidades y segregaciones cruzadas, se rearticulan también vínculos y tramas cooperativas. En la esfera cultural irrumpe un mundo de complejidades cotidianas (nuevas relaciones afectivas y de género, espacios multiculturales) y aparecen rupturas e incertidumbres biográficas (migraciones globales, edades en transición). En la esfera ecológica, se agudizan en clave de emergencia (clima, sequía, biodiversidad, alimentación, etc.) los riesgos ambientales socialmente producidos y toma forma una nueva era urbana/metropolitana, coexistiendo con amplias geografías de despoblación. Todo esto tiene lugar, además, en territorios atravesados por capacidades asimétricas de acción institucional y colectiva. Todo ello va redibujando las coordenadas de fondo y es en ellas donde el binomio brechas/solidaridades va tomando formas (históricamente) inéditas.

Surge con fuerza, en este marco, una nueva distribución de riesgos sociales vertebrada por ejes múltiples, con interacciones fuertes entre ellos. Las vulnerabilidades del siglo XXI se despliegan en torno a la clásica dimensión material (eje igualdad/desigualdad), pero también en torno a otras dimensiones clave: la espacial (eje mezcla/segregación), la relacional (eje comunidad/desvinculación) y la cultural (eje reconocimiento/discriminación). Las brechas del cambio de época adoptan lógicas de inequidad social, fractura urbana, fragilidad comunitaria y discriminación cultural (género, ciclo vital, orígenes, etc.). Y es en las intersecciones entre ellas donde se configuran los principales riesgos de exclusión. Estas lógicas y sus cruces no operan en abstracto: lo hacen en el territorio, donde van cartografiando cotidianidades con niveles concretos de inclusión o de mezcla, con presencia o ausencia de vínculos y reconocimientos. Veámoslo.

1. Las desigualdades sociales: brechas más amplias y complejas

El crecimiento de las desigualdades sociales ha sido intenso en buena parte del mundo a lo largo del ciclo histórico más reciente. Hacia finales de los años 70 del siglo XX se produce una inflexión, a escala global, en la dinámica de distribución social del ingreso (Piketty, 2021). Las cuatro décadas siguientes (1980-2020) marcan un tiempo de incremento sostenido de las desigualdades, con variaciones significativas. En Europa, la región más igualitaria del planeta, la proporción de ingreso en manos del 10% más rico pasa del 32% al 38%, y en Norteamérica se dispara del 34% al 47%. En Rusia y China, la concentración de ingresos en el segmento alto crece más de 20 puntos porcentuales. Y en América Latina, en países como Chile, Brasil y México, los más ricos siguen acumulando más del 60% del ingreso. Las dinámicas incrementales de desigualdad social conducen al avance acelerado hacia sociedades más polarizadas, con capas medias debilitadas, un aumento de la población en riesgo de pobreza y una mayor concentración de la riqueza. Al cruzarse con variables de género, edad, origen y residenciales, este crecimiento de la desigualdad genera estructuras socio-espaciales más complejas y fragmentadas.

Estado español

En el conjunto del Estado, durante el período más duro de la gran recesión, las políticas sociales sufren recortes drásticos: entre el 12% (sanidad y servicios sociales) y el 15% (educación), deteniendo así una dinámica ininterrumpida de crecimiento desde la transición democrática. De los 25.000 millones de reducción de gasto público, un 65,8% corresponde a gasto social autonómico: el estado del bienestar y las comunidades autónomas cargan con la mayor parte de la factura de la austeridad. No solo se revierten tendencias en las políticas públicas, también en sus efectos: se frenan tendencias de cohesión y se amplían desigualdades. Entre 2008 y 2014, los ingresos de los hogares disminuyen: la crisis empobrece. Pero es la austeridad la que amplía las brechas. Crece la desigualdad de ingresos hasta el máximo histórico en el índice de Gini (34,7 en 2014). La tasa de pobreza relativa aumenta 4,8 puntos, hasta el 22,5%, y el indicador de carencia material severa (dificultad de cubrir necesidades básicas) se multiplica por dos, alcanzando el 7,1% en 2014. La combinación de ambas tendencias (pobreza relativa y privaciones materiales) eleva la tasa de riesgo de exclusión hasta el 29%, en comparación con el 23% del año 2008 (Informe Foessa, 2019). El período de reactivación postcrisis se despliega con cierta fuerza, pero

también con pies de barro, ya que es un periodo vertebrado por el empleo precario y que consolida la vivienda en el eje de las desigualdades. Se superan realidades de emergencia, pero se cronifica el estrés económico de amplios sectores de la población.

Y llega la pandemia. Y cuando llega, encuentra a la sociedad aún adolorida y al estado del bienestar debilitado. Un nuevo golpe que vuelve a alterar el escenario con dos vectores clave:

a) Por un lado, la vulnerabilidad económica aumenta su intensidad (las situaciones de pobreza se alejan del umbral de riesgo) y las pérdidas de ingresos son asimétricas: en el quintil inferior, la población que pierde más del 40% de sus ingresos duplica la media.

b) Por otro lado, si se abre la mirada hacia la diversidad de perfiles sociales, los más vulnerables sufren impactos diferenciales. Con la COVID-19 irrumpe una cartografía de nuevas vulnerabilidades: el riesgo de pobreza de las mujeres monomarentales llega al 40,6%, la pobreza infantil escala hasta el 31,5%, el desempleo juvenil muestra una diferencia de 20 puntos sobre el general (39,3% frente a 18,9%) y la tasa de exclusión de la población migrante triplica a la autóctona. En el terreno socioresidencial, la tasa de sobrecarga en gastos de vivienda escala al 53,1% de los hogares en régimen de alquiler y la pobreza energética se dispara, en el mismo periodo, hasta el 10,2% (Sarasa et al., 2022). Los números, por lo tanto, parecen corroborar la tendencia global de fondo que se mencionaba: también en España, durante la última década, las desigualdades se amplían y se vuelven más complejas.

Sin embargo, se dibuja recientemente un hecho diferente y esperanzador con respecto a los años de austeridad: lejos de los recortes, los gobiernos activan escudos de protección social con fuertes aumentos de gasto (ERTE, Ingreso Mínimo Vital, etc.) y con cambios de paradigma que dejan atrás el neoliberalismo laboral (expansión de la contratación indefinida, aumento del salario mínimo, etc.). La respuesta en términos de políticas públicas a la crisis inflacionaria post-pandemia adopta la misma lógica protectora (reducción de tarifas de transporte público, intervención del mercado energético, nuevos impuestos a las grandes corporaciones industriales y bancarias, etc.). Más allá de las políticas, se refuerzan prácticas de apoyo solidario, y la conciencia de que solo en clave colectiva es posible trazar escenarios de futuro. Un tiempo nuevo que permite reflexionar sobre la reconstrucción de una ciudadanía social posible, post-neoliberal, para el siglo XXI.

Ciudad de Barcelona

En Barcelona, la espiral de destrucción de empleo que se desencadenó en los años de la gran recesión, acompañada por la gestión austera de la crisis, produjo un rápido e intenso aumento de la desigualdad, que volvió a situarse en niveles de principios de los noventa. En poco tiempo, la metrópoli vivió un retroceso de casi dos décadas en términos de cohesión social. Algunos elementos centrales configuran el esquema metropolitano post-crisis (Porcel y Gomà, 2020):

a) El modelo de creación de empleo queda definido por el aumento de los contratos temporales (por encima del 85% de la nueva contratación), los falsos autónomos, el trabajo parcial involuntario (sobre todo femenino) y la reducción de salarios en términos reales (alrededor de un 5% en 2019 respecto a 2010). Un aspecto especialmente grave lo configura el aumento de la pobreza laboral¹ en el área metropolitana, que pasa del 13,3% en 2011, en pleno contexto de crisis, al 15,4% en 2018.

b) La cuestión habitacional se erige en la metrópoli en el eje central de los riesgos de exclusión. La escalada de los alquileres en Barcelona desde 2014, rápidamente difundida en el ámbito metropolitano, impacta a una parte relevante de la población. Casi una tercera parte de los residentes en la metrópoli vive en régimen de alquiler, de los cuales el 35,8% destinaba en

1. La tasa de trabajadores/ras bajo el riesgo de pobreza se refiere a la proporción de población de entre 18 y 59 años que, estando ocupada (un mínimo de 6 meses al año, por cuenta propia o ajena), dispone de unos ingresos equivalentes por debajo del 60% de la mediana del ámbito territorial de referencia.

2018 al pago de la vivienda más del 40% de la renta familiar. Esta situación, además, afectaba de manera diferencial al colectivo de rentas bajas y al grupo de edad de 16 a 34 años. No se puede olvidar que la burbuja urbana del alquiler se producía en un marco de ausencia de regulación de precios, de práctica inexistencia de límites a la especulación y de gran debilidad del parque público de vivienda.

El impacto más potente de la pandemia se despliega en Barcelona en forma de pobreza: la población en riesgo aumenta en 92.000 personas en la metrópoli. No solo crece su alcance, también se amplía su intensidad (los ingresos medios de la población pobre se alejan del umbral de riesgo) y se expande, sobre todo, su distribución asimétrica: con efectos muy intensos sobre las clases trabajadoras, niños/población joven y personas migrantes.

a) Se abre la brecha de clase: la pobreza de las capas trabajadoras metropolitanas se sitúa entre el 27% y el 30%, mientras directivos y profesionales esquivan el impacto.

b) La pandemia ha ampliado también la brecha de las edades como eje de desigualdad. Los malestares fueron más intensos en niños con situaciones familiares de riesgo, condiciones precarias de habitabilidad y falta de herramientas para la educación no presencial. La pobreza infantil metropolitana, ya antes de la pandemia muy elevada (27%), aumenta alrededor de 6 puntos. La tasa de desempleo juvenil crece, pero de manera desigual: el desempleo de los jóvenes migrantes duplica al de los autóctonos; y el de los residentes en barrios populares triplica al de los jóvenes de barrios acomodados.

c) La población migrante muestra la situación más severa: aumento de casi 7 puntos, a partir de una tasa de riesgo que ya rozaba el 40%, en contraste con el 12% de la población autóctona (tabla 1). Finalmente, la vivienda sigue situándose en la metrópoli en el núcleo de los riesgos de exclusión, de forma especialmente intensa para las personas que viven en régimen de alquiler. El porcentaje de inquilinos que está sufriendo sobrecarga de gastos de vivienda (por encima del 40% de sus ingresos mensuales) crece del 36,8% al 45,6%. Más grave aún, una de cada cinco de estas personas destina a gastos de vivienda más del 60% de sus ingresos. La crisis habitacional no estaba resuelta, la COVID-19 la agrava (EMCV, 2021-2022).

Tabla 1. Tasa de riesgo de pobreza según características sociales (% sobre población)

	Municipio de Barcelona	Resto del Área Metropolitana	Área Metropolitana de Barcelona
Dimensión edad			
Menores 16 años	25,7	33,6	30,1
65 y más años	14,0	19,1	16,3
Dimensión origen			
España	11,9	11,5	11,7
Resto del mundo	34,6	54,2	43,3
Dimensión laboral			
Personas ocupadas	14,3	14,9	14,6
Personas desempleadas	39,1	30,4	34,2
Total	18,6	23,7	21,2

Fuente: Instituto Metrópoli e IDESCAT (EMCV, 2021-2022).

Los años más recientes, 2022 y 2023, evidencian en la metrópoli de Barcelona elementos combinados de cambio y continuidad en relación con la trayectoria de desigualdades. Los cambios pueden identificarse en dos dimensiones:

a) Dinámicas socioeconómicas. La reactivación postpandémica muestra señales de robustez. La renta anual neta promedio de los hogares aumenta un 6%; el empleo lo hace a un ritmo interanual del 2,2%, y el desempleo disminuye de manera sostenida. Sin embargo, estas tendencias coexisten con el impacto social intenso de la inflación en los colectivos más precarizados: la privación material severa alcanza el 10,3%, señalando realidades de inseguridad residencial, pobreza energética y vulnerabilidad alimentaria.

b) Políticas públicas y prácticas sociales. La renuncia general al paradigma neoliberal/austeritario tiene efectos directos en la metrópoli. La reforma laboral provoca la reducción de la temporalidad en las nuevas contrataciones: del 85% al 56%; y el sistema de protección (transferencias sociales) provoca una fuerte reducción de la pobreza: del 52,9% al 21,2%. Las prestaciones estructurales explican dos terceras partes de esta reducción; el escudo social frente a la pandemia y la inflación, otro 30%; la apuesta del IMV como nueva herramienta estable queda por ahora lejos de sus objetivos: llega a un porcentaje muy bajo de hogares y apenas logra superar situaciones de pobreza, solo disminuir su intensidad. Finalmente, los propios territorios activan respuestas. Los municipios metropolitanos han puesto en marcha más de mil iniciativas orientadas a proteger vulnerabilidades y crear cohesión. Más del 25% de estas han articulado acuerdos con actores comunitarios (Martí et al., 2020). Un hecho que nos lleva al fortalecimiento de las redes de apoyo mutuo en la metrópoli como mecanismo de respuesta a la crisis, y también como proceso de construcción de nuevos sujetos y protagonismos sociales. La articulación entre el nuevo municipalismo de bienestar y la esfera de la acción colectiva urbana emerge aquí como un reto y como una esperanza (Nel-lo, Blanco y Gomà, 2022).

2. Las segregaciones cotidianas: vidas y territorios más fragmentados

La tendencia reciente a una cartografía de desigualdades más amplias y complejas se produce en un marco de interacciones intensas con las dinámicas de segregación social. La segregación apunta a dinámicas de separación entre grupos en los múltiples ámbitos de su cotidianidad, de manera que las vidas de unos y otros tienden a transcurrir en espacios no compartidos, haciendo así más improbable la interacción entre ellos.

La segregación implica, por tanto, la (práctica) inexistencia de escenarios de mixtura, expresa la fragilidad o ausencia de comunidades con vinculaciones cruzadas: emergen esferas de vida donde la cotidianidad queda escindida.

La antítesis de la desigualdad es la igualdad; la de la segregación es la mixtura de perfiles: espacios cotidianos compartidos por colectivos de orígenes, edades y clases diversas. Cuando la construcción de igualdad se debilita, las segregaciones tienden a ampliarse; la cristalización progresiva de esferas segregadas genera nuevas condiciones de ampliación de desigualdades.

En sentido opuesto, la existencia y calidad de espacios de mixtura, de comunidades diversas con alta densidad relacional, opera como factor promotor de horizontes de equidad, compatibles con la autonomía y las diferencias (Blanco y Gomà, 2022).

Consideramos, por tanto, dos ejes que tensionan las estructuras sociales: segregación/mixtura y desigualdad/igualdad (esquema 1). Son distinguibles, pero se interseccionan y en sus cruces se perfilan escenarios múltiples.

En el polo de la mixtura igualitaria, se construye bienestar material mientras se tejen lugares compartidos.

En el otro polo, la fragmentación desigual provoca la alimentación mutua entre separaciones e inequidades. Se dibujan, a medio camino, escenarios híbridos: la mixtura desigual, donde geografías de mezcla pueden albergar en tensión desigualdades notables y la fragmentación igualitaria, donde la redistribución material no termina de cuajar en comunidades diversas.

Esquema 1. Igualdad/desigualdad, mezcla/segregación y escenarios socio-espaciales



Fuente: Elaboración propia, a partir de Blanco y Gomà (2022).

Son modelos teóricamente plausibles, sin embargo, cristalizan en configuraciones socio-espaciales concretas que se desarrollan en contextos históricos y territoriales específicos. Todos los escenarios son tendenciales e inestables, ya que los factores de interrelación permanecen activos y cambiantes; pueden describir diversas tendencias, incluso contradictorias, que coexisten en un mismo tiempo y lugar. Por lo tanto, lo importante no es la construcción teórica en sí misma; es relevante intentar comprender cómo la realidad se acerca a uno u otro escenario, así como las consecuencias sociales y los desafíos políticos que esto conlleva.

¿Transitan nuestras vidas cotidianas por esferas de segregación? ¿Lo hacen con más o menos intensidad en algunos ámbitos que en otros? ¿Operan estas fragmentaciones como motor de crecimiento de la desigualdad? El conjunto de estudios temáticos existentes (Blanco y Gomà, 2022) nos proporciona elementos valiosos de respuesta. Se van delineando los rasgos que caracterizan los múltiples escenarios de fragmentación desigual: esferas de vida donde las desigualdades cristalizan en lógicas de segregación entre grupos, allí donde la cotidianidad se fractura. En síntesis, aparecen:

- a) Procesos de fragmentación residencial de raíz económica y étnico-cultural, junto con segregaciones con sesgos de clase y género en las dinámicas cotidianas de movilidad, y desigualdades socio-espaciales en los servicios de transporte público colectivo.
- b) Servicios de cuidado y educación infantil con fuertes desigualdades de acceso, escuelas y redes de escolarización segregadas, y espacios educativos extraescolares fuertemente excluyentes; así como desigualdades socio-territoriales de participación cultural y ausencia de reconocimiento de activos culturales comunitarios.
- c) Esferas segregadas de atención sanitaria según niveles de ingresos, y territorios segregados en salud según niveles de vulnerabilidad urbana.
- d) Geografías de segregación alimentaria: "desiertos de alimentación saludable" en barrios vulnerables, "mirajes alimentarios" en barrios con oferta saludable no asequible a sus rentas bajas, y mayor exposición a alimentos no saludables en entornos escolares de barrios populares.
- e) Capacidades institucionales y colectivas concentradas en municipios y barrios de rentas medias-altas, con necesidades sociales bajas; junto a áreas de fuerte vulnerabilidad urbana privadas de los recursos municipales y del capital relacional necesario para revertir sus múltiples desventajas. La acumulación de este conjunto de dimensiones da lugar al mosaico de la segregación cotidiana; una realidad que genera, también, condiciones de reproducción ampliada de las desigualdades.

En la metrópoli de Barcelona, las desigualdades sociales ampliadas y complejas se plasman también en términos de fracturas urbanas. Muchos espacios centrales siguen sujetos a dinámicas visibles de *gentrificación*, con una cara oculta y periférica: una gramática de *vulnerabilidad*.

- La gentrificación no es una realidad coyuntural, es expresión urbana de brechas económicas y asimetrías de poder. Se inscribe en la lógica de las desigualdades sociales y su plasmación en segregación residencial (Gomà, 2018). Opera hoy en gran medida como lógica espacial de la economía financiarizada. Se trata de un proceso de transformación de un área urbana a través del cual se produce con el tiempo la sustitución del colectivo residente por población de ingresos más altos. Implica, por lo tanto, una reestructuración del espacio en función de la desigualdad de ingresos y con resultado de expulsión de habitantes de clases populares. Este proceso conlleva una dimensión urbanística: degradación física seguida de reinversión en capital fijo. Las mejoras en el entorno construido aumentan valores inmobiliarios y precios del alquiler, generando una expansión del *rent gap* como mecanismo impulsor de la sustitución residencial de clase. Pero no es la única dimensión. La gentrificación opera también en la esfera simbólica. Conlleva un cambio en el entramado de relaciones sociales, en los consumos, en los patrones de uso del espacio. Las nuevas clases medias, con más capital social, se apropian de áreas urbanas para desplegar estilos de vida, proyectos e identidades. La gentrificación, en síntesis, implica un proceso de reapropiación física y simbólica del espacio por parte de grupos con capital económico y relacional elevado. Una dinámica de carácter excluyente con desplazamiento material y desposesión cultural de sectores populares. En efecto, el espacio físico no solo enmarca o sostiene un entramado de relaciones sociales, sino que también es un factor constituyente de estas. La gentrificación, por tanto, expresa una lógica urbana compleja de diferenciación social y espacial, a caballo de desigualdades económicas y asimetrías de poder.

En la metrópoli de Barcelona, las dinámicas de gentrificación son complejas. Los espacios centrales, por un lado, han mantenido una fuerte presencia de clases medias arraigadas en los barrios. Y han sido, al mismo tiempo, territorios en disputa donde las fuerzas de gentrificación han chocado con tejidos urbanos y residenciales de difícil reestructuración, con un régimen de propiedad por encima del 75% que ha operado como mecanismo de anclaje de las clases populares. Los espacios metropolitanos, por otro lado, se han ido configurando desde la doble lógica de periferización de la pobreza (polígonos de acogida de población migrante) y de suburbanización de clases medias (promociones de casas adosadas). La fase más reciente, en cuanto a dinámicas de gentrificación, se caracteriza a partir de tres parámetros:

- a) Avanzan procesos de desplazamiento en territorios centrales que sostenían disputas urbanas: desde el Gótico y el Born hasta la Vila de Gràcia; desde Poblenou y su frente marítimo a la Derecha del Eixample;
 - b) Se agudiza la brecha centro-periferia a escala metropolitana: la fractura entre un municipio de Barcelona próspero y una primera corona donde crece la vulnerabilidad: por cada persona en riesgo de pobreza en la ciudad central, hay 1,7 en la primera corona metropolitana (Porcel et al., 2018); y
 - c) La gentrificación de algunos barrios centrales en ciudades del área metropolitana, y la aparición de municipios de alta segregación en el extremo más elevado de la distribución de ingresos a lo largo de la región metropolitana: de Sant Just Desvern a Argentona; de Sant Cugat a Matadepera y a la Ametlla del Vallès.
- En el otro extremo de la segregación, la vulnerabilidad urbana define áreas donde se expresan riesgos de exclusión de forma multidimensional. El Índice de Vulnerabilidad Urbana (IVU) (Porcel et al., 2023) construye una propuesta sólida de conceptualización y medida de esta realidad compleja. El IVU, en su versión más reciente y precisa, adopta como referencia teórica planteamientos según los cuales la vulnerabilidad urbana es el resultado de la

combinación y retroalimentación de procesos de vulnerabilidad social y residencial producidos en el territorio (Alguacil et al., 2014). El diseño del índice, por tanto, se articula en torno a estas dos dimensiones (social y residencial) informadas a través de tres indicadores cada una. Se introducen, también, para completar el IVU algunos de los efectos que se derivan de la vulnerabilidad urbana: las afectaciones en el mercado de la vivienda y el poco atractivo residencial que presentan estas áreas; la baja presencia de población de clase media y uno que integra el núcleo duro de las investigaciones que tradicionalmente han estudiado los llamados efectos barrio: los niveles de formación alcanzados por la población residente en el territorio (tabla 2).

Tabla 2. Dimensiones, conceptos, indicadores y fuentes de datos del IVU

Dimensión	Concepto	Indicador
Vulnerabilidad Social	Pobreza	% población de renta < 60% de la mediana
	Envejecimiento/soledad	% población de ≥ 75 años que vive sola
	Inmigración extranjera	% población extranjera de países de renta baja
Vulnerabilidad Residencial	Alta concentración poblacional	Densidad urbana (habitantes/hectárea)
	Tejidos residenciales de riesgo	% viviendas muy antiguas y polígonos de viviendas
	Baja calidad de los edificios	% edificios baja calidad constructiva
Efecto barrio	Bajo atractivo residencial	Distancia a mediana del alquiler
	Baja presencia clases medias	% población sin rentas altas
	Abandono prematuro estudios	% 25-34 años sin estudios postobligatorios

Fuente: Elaboración propia a partir de Porcel et al. (2023).

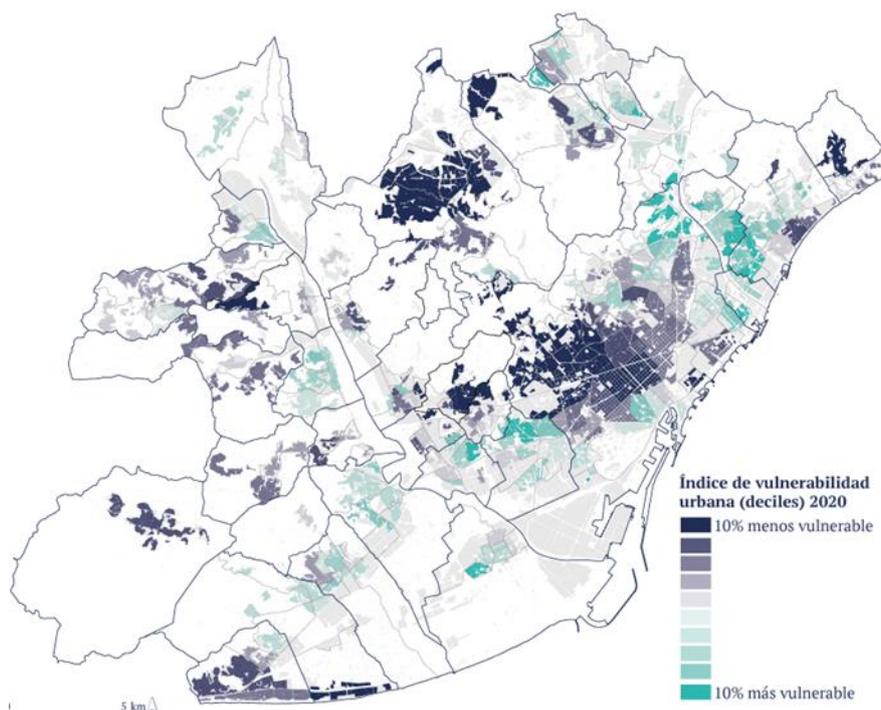
Cuando el IVU se proyecta sobre el territorio de la metrópoli de Barcelona, emerge una lógica de vulnerabilidad urbana con tres componentes clave: concentración (focalización en el espacio), complejidad (con diferentes articulaciones entre los aspectos sociales y residenciales) y persistencia (los ámbitos de pobreza se cronifican).

a) Concentración. La exclusión se manifiesta con fuerza en los ejes del Besòs y el Llobregat, afectando amplias áreas transmunicipales configuradas sobre una lógica claramente metropolitana, pero con un fuerte impacto también en determinados municipios. Solo 10 de los 36 municipios de la metrópoli albergan barrios situados en el tramo de mayor vulnerabilidad. En el eje Besòs se encuentran 25 de los 32 barrios metropolitanos con el IVU más elevado. El 24% de la población de este ámbito habita en barrios de alta concentración de problemáticas sociourbanísticas, en comparación con el 13,1% en el conjunto del área metropolitana. El 45% de los habitantes de Santa Coloma de Gramenet residen en barrios de extrema vulnerabilidad, el 33% en Montcada i Reixac, y el 28% en Badalona (figura 1).

b) Complejidad. Se despliega un patrón general de doble vulnerabilidad (social y residencial), aunque con algunas excepciones: barrios, por un lado, con altos niveles de exclusión social donde se han materializado procesos significativos de regeneración urbana (Sant Cosme, Baró de Viver, etc.); barrios, por otro lado, con niveles más reducidos de pobreza pero condiciones degradadas de habitabilidad (Les Planes, La Florida, etc.).

c) Persistencia. Las mejoras sostenidas en los barrios vulnerables no han logrado romper las jerarquías urbanas de la metrópoli, su estructura de desigualdades socio-espaciales, que responden a factores que van mucho más allá de los objetivos de los programas de regeneración.

Figura 1. La metrópoli segregada: el índice de vulnerabilidad urbana



Fuente: Porcel et al. (2023).

Un último elemento a tener en cuenta, para completar la trayectoria de las segregaciones, es el creciente papel de la inseguridad residencial como motor de nuevas fracturas urbanas. Los datos de la última encuesta de cohesión urbana (E CURB, 2022) muestran un incremento sustancial de la movilidad residencial en la metrópoli. Un 24% de esta movilidad es forzada debido a la imposibilidad de afrontar los pagos del alquiler. Se trata de desalojos invisibles, expulsiones generadas por un mercado habitacional especulativo y no regulado. La creciente brecha entre ingresos y precios de alquiler actúa como palanca de segregación y también como factor de desarraigo. Las expulsiones invisibles rompen apoyos y redes, situándonos de lleno en la siguiente dimensión de las brechas: la desvinculación.

3. Las dinámicas de desvinculación: vínculos débiles, comunidades vulnerables

En interacción con desigualdades más amplias y territorios más fragmentados, emergen dinámicas de debilitamiento relacional-comunitario. La desvinculación apunta a la erosión o ausencia de tramas relacionales; dibuja procesos y situaciones de vulnerabilidad comunitaria. En el antiguo marco fordista, el eje básico de desigualdad se expresaba en una estructura de clases que polarizaba la distribución del ingreso, pero no llegaba a romper las mallas de la cohesión. Las políticas redistributivas del modelo clásico de bienestar generaron niveles más altos de igualdad; y se desarrollaron culturas de clase y vecindad que fueron tejiendo densidades relacionales y procesos de construcción comunitaria (Rebollo y Pindado, 2022). Más tarde, el estancamiento y la reversión de algunas políticas sociales –en contextos de fuerte presión neoliberal– no solo se tradujeron en la ampliación de desigualdades y segregaciones; también erosionaron las tramas colectivas: más soledades y aislamientos (*loneliness*) que vínculos y conexiones (*togetherness*). Nuevas lógicas de fractura relacional, más allá del esquema de distribución de ingresos.

Cuando las dinámicas de desvinculación se analizan desde una perspectiva espacial, vuelven a surgir escenarios diversos, según la intensidad propia de estas dinámicas y según su cruce con el eje segregación/mixtura. Se configuran, en un extremo, territorios fracturados, donde coexiste la fragmentación social con fuertes vulnerabilidades comunitarias. Surgirían en el extremo opuesto territorios de fraternidad, donde la diversidad va tejiendo también vínculos fuertes. Se despliegan, entre estos dos extremos, escenarios en tensión. Por un lado, territorios frágiles, donde la menor segregación se articula con debilidades comunitarias, generando condiciones de dificultad para

enfrentar situaciones de crisis. Por otro lado, territorios resilientes, donde las capacidades para abordar contextos adversos descansan sobre fortalezas relacionales, aunque atravesadas por lógicas de fragmentación social (tabla 3).

Tabla 3. Relaciones entre segregación y vínculos: escenarios resultantes

	Desvinculación baja	Desvinculación alta
Segregación reducida	Territorios de fraternidad <i>Diversidad social con fortaleza comunitaria</i>	Territorios frágiles <i>Diversidad social con vulnerabilidad comunitaria</i>
Segregación elevada	Territorios resilientes <i>Fragmentación social con fortaleza comunitaria</i>	Territorios fracturados <i>Fragmentación social con vulnerabilidad comunitaria</i>

Fuente: Elaboración propia.

Son también escenarios tendenciales y dinámicos. ¿Qué configuraciones cristalizan en el ámbito de la metrópoli de Barcelona? Se trata de una cuestión compleja. Se puede considerar que existen tres elementos clave cuya presencia genera condiciones de cohesión o fortaleza comunitaria:

- a) Los equipamientos de proximidad, es decir, el conjunto de infraestructuras sociales urbanas que pueden ayudar a promover vínculos y formas colectivas de implicación en el territorio (casales, bibliotecas, ateneos).
- b) El tejido asociativo, en tanto expresión organizada de la solidaridad (entidades, ONGs).
- c) Las prácticas de innovación social, como iniciativas emergentes y de base orientadas a construir bienestar desde el empoderamiento comunitario y el apoyo mutuo (huertos urbanos, vivienda cooperativa, economía solidaria). En el cruce de los tres factores de vinculación con los indicadores de segregación (barrios de la metrópoli según quintil de vulnerabilidad urbana) se puede observar con fuerza nitidez (tabla 4) que la distribución de equipamientos, tejido asociativo y prácticas de innovación adopta un patrón de relación inversa con el nivel de segregación: menos presencia en barrios más vulnerables; más elementos de cohesión en áreas de menos vulnerabilidad (Blanco et al., 2021). A modo de ejemplo, en la distribución de infraestructuras sociales se evidencia un diferencial de casi 10 puntos entre el quintil de más alta y más baja vulnerabilidad (16,2% a 25,9%), el cual se acentúa hasta 15 puntos en la esfera asociativa (13,6% a 28,5%). En el terreno de la innovación social, el diferencial persiste, aunque más pequeño (18,3% a 22,1%).

Tabla 4. Fortaleza comunitaria y vulnerabilidad urbana en la metrópoli de Barcelona (%)

Elementos de cohesión comunitaria	IVU Barrios				
	(Quintiles: de más a menos vulnerabilidad)				
	1	2	3	4	5
Equipamientos de proximidad	16,2	17,7	20,2	19,8	25,9
Tejido asociativo	13,6	16,3	18,4	20,3	28,5
Prácticas de innovación social	18,3	22,3	20,3	16,8	22,1

Fuente: Elaboración propia a partir de Blanco et al. (2021).

Es relevante prestar atención, en concreto, a este tercer vector, en la medida en que ha sido el más dinámico en el ciclo reciente, desde la gran recesión hasta la post-pandemia. La distribución socio-espacial del conjunto de iniciativas de innovación social y apoyo mutuo que han ido surgiendo en los últimos años reproduce la pauta mencionada: la acción colectiva no se genera con más fuerza en barrios de bajos ingresos, sino en áreas de clases medias con articulaciones asociativas más fuertes y una tradición potente de participación social. La vulnerabilidad, por lo tanto, no parece ser una palanca suficiente para activar la innovación solidaria, en ausencia o debilidad de recursos para la acción colectiva. Las prácticas ciudadanas requieren, de hecho, de

una cierta conciencia de riesgo a dificultades materiales o nuevas precariedades, pero también requieren de un capital social significativo preexistente. La superposición de los mapas de innovación social (vinculación) y vulnerabilidad urbana (segregación) refleja con nitidez esta lógica: de más de 250 iniciativas desarrolladas en la metrópoli en tiempos de pandemia, el 43% corresponde a barrios de ingresos medios-altos y baja segregación (Nel·lo y Checa, 2022).

En síntesis, parece configurarse una metrópoli con un grado significativo de polarización entre barrios de baja segregación con alta cohesión comunitaria (territorios de fraternidad) y barrios vulnerables con capacidades comunitarias débiles (territorios fracturados). Surge, por lo tanto, una nueva dimensión en la cartografía de las brechas sociales. Es necesario incorporar, en este apartado, un último elemento de evidencia que opera como reproductor o incluso amplificador de las brechas relacionales-comunitarias. No solo la capacidad de acción colectiva, también la capacidad institucional presenta fuertes desigualdades socio-espaciales. Veámoslo.

La media de gasto per cápita de los municipios metropolitanos es de 1232,2€, con una amplia disparidad entre el cuartil más bajo y más alto: 874€ frente a 1.441,4€. El 75% de la población vulnerable reside en municipios del primer segmento, y el 96% en las 81 ciudades con gastos por debajo de la media. Sobre los habitantes del primer cuartil, la población vulnerable supone un 13,2%, y llega tan solo al 0,8% en los municipios con gastos más elevados. En el otro extremo, la población acomodada constituye solo el 6,1% del primer cuartil y alcanza el 31,4% de los habitantes del tramo de municipios con más recursos (Donat, 2021) (tabla 5).

Tabla 5. Municipios por cuartiles de gasto y peso relativo de población vulnerable y acomodada

Municipios agrupados por cuartiles de gasto			
Cuartil	Media gasto por cápita (en euros)	Población vulnerable sb total del cuartil (%)	Población acomodada sb total del cuartil (%)
1	874,0	13,2	6,1
2	1.012,7	4,4	10,5
3	1.143,5	5,6	12,8
4	1.441,4	0,8	31,4
Total RMB	1.232,2	9,1	11,2

Fuente: Elaboración propia a partir de Checa, Donat y Nel·lo (2022).

Las cifras indican, por tanto, que los municipios metropolitanos donde se produce una mayor concentración de barrios vulnerables, con la consiguiente necesidad de políticas intensivas de protección y apoyo, son también aquellos que disponen de capacidades menores de gasto público. Por el contrario, aquellos con más barrios acomodados, donde las demandas sociales son menos intensas, presentan capacidades de gasto más elevadas. Esta relación inversa entre necesidades sociales y fortalezas institucionales se suma y refuerza la brecha metropolitana entre territorios de fraternidad y territorios fracturados (Checa et al., 2022).

En síntesis, emerge una nueva cartografía de riesgos y vulnerabilidades mucho más compleja. El aumento de las desigualdades no solo ha polarizado la sociedad, sino que también ha creado condiciones de segregación y desvinculación. Sin espacios compartidos y sin lazos comunitarios, cualquier proyecto de igualdad se aleja y se complica. En Barcelona, la metrópoli de las desigualdades cartografía las fracturas en múltiples esferas de la vida cotidiana. Y se delinean territorios donde, más allá de la ausencia de mixtura, también se debilitan vínculos y lazos. A todo esto, se suma la dimensión cultural de las injusticias: el conjunto de discriminaciones conectadas a las dificultades de reconocimiento de las diversidades de género, de ciclos de vida y de bagajes de origen. El siguiente apartado aportará algunas pinceladas.

4. Diversidades y discriminaciones: brechas de género, edades y orígenes

En efecto, el escenario actual de brechas implica desigualdades ampliadas, así como su conexión a espacios de segregación y desvinculación. El cambio de época atraviesa también esferas socioculturales. Lo hace en tres dimensiones clave: las relaciones e identidades vinculadas al(s) género(s); las edades y los ciclos de vida; y la multiculturalidad urbana. Géneros, edades y

orígenes diversos surcan nuevas cotidianidades, que comportan un gran potencial de transformación. Y también riesgos de discriminación a enfrentar, con el fin de avanzar en la construcción de ciudadanía. Las brechas de género, las vinculadas al curso vital o a la diversidad cultural apenas forjaron acuerdos y políticas públicas en el contrato social del siglo XX. Pero la realidad heteropatriarcal, adultocrática y uniformizadora cruzada solo (aparentemente) por desigualdades materiales, ha dado paso, a lo largo de las décadas más recientes, a cotidianidades mucho más complejas: a mundos de diversidad afectiva y sexual, a trayectorias de vida menos lineales, a barrios y ciudades multiculturales.

- **Relaciones e identidades de género:** En el marco de la sociedad industrial, las relaciones de género quedaron sustancialmente inalteradas. Predominó, en buena parte, una lógica reproductora del modelo heteropatriarcal: la construcción sesgada de la dicotomía entre vida pública y privada; la atribución y segmentación de roles; las asimetrías entre la esfera laboral (masculina y anclaje de derechos) y la doméstica (femenina y sin reconocimiento); la invisibilización de los cuidados; la exclusión de la agenda LGTBI. A lo largo de las últimas décadas, se producen cambios relevantes fruto de la conexión entre pensamiento feminista, acción colectiva y políticas públicas: la formulación pluridimensional de la justicia de género en términos de redistribución, reconocimiento y representación (Fraser y Honneth, 2003), la teoría *queer*, la interseccionalidad, el enorme incremento de la capacidad de agencia del movimiento feminista (del *#MeToo* a las huelgas del 8M), las alianzas con el colectivo LGTBI y el desarrollo de regímenes de género en los estados de bienestar post-keynesianos: políticas de expansión de la ocupación femenina, puesta en marcha de servicios públicos de cuidado y una agenda progresiva de derechos feministas. Sin embargo, los impactos de la gran recesión y la COVID-19 han vuelto a visibilizar brechas importantes. Brechas donde se interseccionan discriminaciones específicas de género con ejes de desigualdad material: desde riesgos diferenciales de exclusión y vulnerabilidad relacional, hasta brechas laborales persistentes conectadas a la experiencia de maternidad, pasando por asimetrías ampliadas en el ámbito entrelazado de cuidados y teletrabajo en el contexto pandémico (Moreno et al., 2023).
- **Edades y ciclos de vida:** La sociedad industrial y su modelo de bienestar se desarrollaron en un marco definido por continuidades biográficas, junto a un esquema de asignación estable de roles por edades: educación en la infancia; ocupación indefinida en las etapas adultas; protección social en la vejez. Todo esto ha quedado sujeto hoy a transformaciones intensas: un contexto de incertidumbres y discontinuidades vitales (residenciales, laborales, afectivas, ideológicas); la superación de la fijación de roles específicos por edades (formación a lo largo de la vida, envejecimiento activo); nuevas temporalidades (primera infancia, emancipaciones complejas, más años de vida); y nuevas relaciones intergeneracionales. En este nuevo escenario de vidas en transición –mucho más diversas e inciertas– se van forjando itinerarios personales y vínculos colectivos, con oportunidades inéditas de autonomía y apoyo mutuo. Los ciclos vitales pueden convertirse en espacios donde conjugar protección con respeto a las diferencias; autodeterminación personal con creación de espacios compartidos. Donde poder ejercer, en igualdad de condiciones, el derecho a decidir un proyecto de vida. Sin embargo, las edades ganan también fuerza como eje configurador de vulnerabilidades. Brechas etarias nuevas y persistentes; discriminaciones y desigualdades cruzadas. Se amplían, por un lado, los riesgos de aislamiento y soledad al hilo del envejecimiento, en un marco de cuidados frágiles (Lebrusán, 2019), así como las discriminaciones juveniles de raíz socio-cultural. Se tiende a reproducir, por el otro lado, exclusiones laborales en edades adultas avanzadas, emancipaciones imposibles y altas tasas de pobreza infantil, sobre todo en familias de origen migrante y hogares con niños pequeños.
- **Migraciones y multiculturalidad.** Las dinámicas migratorias y la movilidad humana no son fenómenos recientes; son parte ineludible de la historia universal. Sin embargo, el escenario actual las redefine en algunos aspectos clave: la escala global de la movilidad gana fuerza, y se amplían y transforman los factores que la generan. Actualmente, alrededor de 300 millones de personas residen fuera de su país de origen, lo que implica un aumento de más de 100

millones en las dos últimas décadas (Pinyol-Jiménez, 2021). Muchas de estas trayectorias migratorias generan nuevos horizontes vitales, proyectos de vida que configuran metrópolis donde se expresa diariamente una gran diversidad de bagajes humanos. Vivimos en una era urbana y, en ella, las ciudades han ido transitando hacia la heterogeneidad cultural. Barcelona es un claro exponente. En el año 2000, solo el 3,5% de los habitantes de la ciudad habían nacido en el extranjero; hoy en día, representan el 31,3% (entre el 23% en Sarrià y el 62% en Ciutat Vella): un crecimiento de 53,428 a 519,066 personas en poco más de dos décadas. La Barcelona actual acoge a residentes de 196 nacionalidades (con presencia en todos los barrios y distritos, entre 161 en el Eixample y 138 en Horta-Guinardó); 28 de estas nacionalidades tienen más de 5,000 residentes cada una. En la ciudad se hablan diariamente alrededor de 300 lenguas diferentes. La diversidad ha sido y sigue siendo el principal factor de dinamización sociocultural de Barcelona: una fuente permanente de creatividad y vínculos cruzados. No obstante, la realidad derivada del fenómeno migratorio también es un espacio donde se acumulan y entrecruzan brechas. A los episodios de discriminación cultural por etnia, origen, religión, etc., y a las persistentes pautas de desigualdad y segregación, se suma aquí una fractura de ciudadanía. El marco normativo estatal de extranjería es excluyente: tiende a generar inseguridades vitales y residenciales, así como dificultades de acceso a los derechos políticos y al mercado laboral.

La tabla 6 recopila algunos indicadores clave, correspondientes a Barcelona, en el ámbito relacional. Se observa en ellos que, de forma sistemática, las mujeres, las personas mayores y las nacidas en el resto del mundo experimentan exclusiones relacionales (aislamiento y soledad) y vulnerabilidades (debilidad de vínculos y de apoyos) por encima de los hombres, las edades adultas y la población autóctona (ECAMB, 2022). Resulta muy destacable la percepción de soledad y la fragilidad de los lazos tanto en el colectivo de 75 y más años como en el de origen extranjero. En el índice de discriminación global se reproducen las brechas de género y nacionalidad; en la dimensión de edades, la tasa de discriminación concentra los niveles más altos en la población joven (41,2%) (Murriá et al., 2022).

Tabla 6. Brechas relacionales y discriminaciones según género, edad y origen en Barcelona (%)

	Exclusión relacional		Vulnerabilidad relacional		Discriminación
	Aislamiento	Soledad	Debilidad de vínculos	Debilidad de apoyos	Índice de Discriminación Global
Género					
Mujeres	7,5	13,6	13,9	12,4	32,6
Hombres	6,9	8,3	11,1	9,5	24,7
Edad					
Gente mayor (+75 años)	10,1	19,1	22,2	14,3	5,4
Adultos (30-64 años)	7,4	10,1	11,9	11,2	27,4
Origen					
Resto del mundo	11,6	16,9	19,1	16,3	33,1
España	5,7	9,1	10,4	9,3	27,4

Fuente: Elaboración propia a partir de ECAMB (2022).

La tabla 7, finalmente, permite visualizar las brechas habitacionales y ocupacionales en este colectivo. La intersección entre un mercado de vivienda excluyente y un mercado laboral precarizador sitúan a la población joven y sus itinerarios de emancipación bajo condiciones de mucha dificultad (OHB, 2022; EPA, 2023).

Tabla 7. La población joven y la doble brecha habitacional-laboral en Barcelona (%)

	Personas jóvenes (16-29 años)	Personas adultas (> 30 años)
Mercado de vivienda		
Exclusión residencial	45,3	21,4
Sobrecarga de gasto	22,1	10,2
Mercado laboral		
Tasa de desempleo	22,0	8,50
Tasa de temporalidad	48,3	14,3

Fuente: Elaboración propia a partir de OHB (2022) y EPA (2023).

En resumen, las nuevas pautas de diversidad relacionadas con géneros, edades y ciclos de vida, y migraciones globales adquieren una presencia cotidiana sin precedentes y, lejos de ser realidades coyunturales, se convierten en elementos estructurantes del nuevo tejido social. A partir de aquí, el desafío radica en incorporar estas nuevas realidades al proyecto de ciudadanía. El horizonte colectivo de la justicia social se juega en la superación de desigualdades, segregaciones y desvinculaciones. También se juega en el reconocimiento de las diferencias que configuran la cotidianidad de los barrios y ciudades que habitamos, en la posibilidad de desarrollar en conjunto todos los proyectos de vida.

La complejidad de estos ejes cartografía el escenario actual de brechas. Se trata de un tiempo emergente donde debe ser posible reconstruir solidaridades y reescribir el contrato social. Forjar proyectos colectivos y gobernarlos democráticamente.

5. Reconstruir la arquitectura de la solidaridad: ¿las bases de un nuevo contrato social?

Crisis, transiciones y brechas múltiples. Se dibuja un tiempo en el que reconstruir la arquitectura de la solidaridad colectiva es imperativo: un entramado de derechos conectado al cambio de época; un abanico de políticas conectadas a la nueva estructura de riesgos y esperanzas. Es necesario desplegar una nueva agenda ecosocial; y hacerlo en marcos de más democracia y más política de proximidad: donde el poder se sitúe en manos de la gente y cerca de la gente. Se deben explorar nuevas políticas sociales y nuevas formas de producirlas. Emergen tres ejes clave:

- Innovar en las políticas sociales. Entre las nuevas geografías de brechas múltiples y el estado de bienestar heredado del siglo XX se abre un abismo, un verdadero desajuste de época. Es necesario, por lo tanto, reconstruir la ciudadanía y reescribir el contrato social: tejer espacios de equidad (forjar igualdad), diversidad (reconocer diferencias), autodeterminación personal (generar autonomía) y comunidad (articular vínculos y mezclas). La gramática de una ciudadanía social posible para el siglo XXI nace en la doble conexión de igualdad con diversidad y de autonomía con vínculos entre diferentes (Gomà y Ubasart, 2021). Materializar la construcción de equidad en un marco de diversidades puede requerir, en clave de políticas públicas, al menos cuatro giros sustantivos sobre los términos del viejo modelo de bienestar: hacia la predistribución, más allá de las lógicas redistributivas clásicas; hacia los feminismos, más allá de las identidades y relaciones de género dominantes; hacia la interculturalidad, más allá de las concepciones tradicionales de integración; y hacia las edades, más allá de los enfoques adultocráticos. Materializar la construcción de autonomía en un marco de fraternidad (comunidades diversas) puede requerir cuatro nuevas transformaciones: giros hacia la renta básica, para garantizar las bases materiales de la vida y, por lo tanto, la libertad real; hacia la transición ecosocial, para construir justicia climática global y soberanías de proximidad (hídrica, energética y alimentaria); hacia los cuidados, como bienes comunes relacionales orientados a atender vulnerabilidades cotidianas; y hacia la agenda urbana, para asegurar los derechos a la vivienda y a la ciudad, tejiendo territorios de fraternidad y superando el conjunto de segregaciones cotidianas.
- Democratizar las políticas sociales. La reconstrucción de lo colectivo hoy requiere convertir derechos sociales y políticas públicas en espacios de profundización democrática. Un nuevo modelo de gobernanza del bienestar vertebrado por una administración pública deliberativa, alianzas público-comunitarias y acción colectiva definida en términos de cooperación y construcción, más que de resistir. Una gobernanza, en síntesis, orientada a articular lo común y generar democracia activa; lejos de lógicas burocráticas y mercantilizadoras. Este nuevo paradigma exige, al menos, dos grandes trayectorias de cambio.

a) Hacia una administración pública participativa y relacional. Transitar hacia un modelo con valores de referencia, flexible y responsable, estratégico y creativo. Una administración con herramientas para incorporar saberes colectivos, articular el diálogo y la cooperación, y activar dinámicas de mediación entre actores. La arquitectura reticular aleja la acción

jerárquica de los aparatos administrativos y tiende a sustituirla por interacciones múltiples entre escalas de gestión, organizaciones y ciudadanía (Bonet, 2021).

b) Hacia relaciones de coproducción entre políticas públicas y prácticas sociales. También la creación de políticas se ve interpelada por el proyecto de democratización de la ciudadanía social (Nel-lo et al., 2022). La idea-fuerza de transitar hacia la construcción de lo común puede plasmarse en un mínimo de tres tipos de iniciativas: los planes de barrio y las comunalidades urbanas, para reforzar capacidades vecinales y activar lógicas de intercooperación (eje territorial); la cocreación de políticas, para asegurar el protagonismo del tejido social y de las personas como sujetos activos de la gobernanza democrática (eje sectorial); la gestión ciudadana de equipamientos, para transitar de servicios públicos a bienes comunes (eje infraestructural), lo que Klinenberg (2021) denomina "palacios del pueblo": del welfare al commonfare.

- Localizar las políticas sociales. A lo largo de los últimos años, el ciclo neo-municipalista ha mantenido abierta la ventana democrática, enfrentándose a los mercados globales y a las fronteras estatales; ante lógicas de desprotección y fórmulas autoritarias (Roth et al., 2019). Ha erigido una apuesta responsable de reconexión entre instituciones y ciudadanía. Son las coordenadas que hacen posible situar la política de proximidad como tercer eje del nuevo contrato social, desde una gramática de cotidianidad (Miralles, 2022). El derecho a la ciudad opera como dimensión clave de producción de bienestar, concretada en una triangulación de políticas públicas.

a) Frente a la cartografía urbana de las injusticias, surge el desafío de la (re)construcción social de proximidad desde una perspectiva fuertemente innovadora. Se trata de devolver a las ciudades los mecanismos de solidaridad colectiva que el siglo XX reservó a los estados-nación y hacerlo a través de políticas que habitaban en las periferias de esos mecanismos: redistribución, cuidados, reconocimiento.

b) Frente al legado de ciudades insostenibles y con graves problemas de injusticia espacial, emerge el reto de generar transiciones ecosociales basadas en hibridar las lógicas ambientales y urbanas. Una agenda urbana democrática y feminista para garantizar y recuperar viviendas, calles y barrios; para crear mixturas y vínculos. Y un ecologismo de la proximidad para proteger la vida: el clima, la calidad del aire, la alimentación saludable y el agua como bien común.

c) Frente a un esquema económico donde las ciudades operan como plataformas de aterrizaje de un capital financiero que infla burbujas y propaga inseguridades vitales, el derecho a la ciudad erige la apuesta por una transición digital sin brechas; por tejidos productivos y de consumo con fuertes componentes de ciencia, cultura y creatividad; por ecosistemas territoriales verdes y cooperativos.

En resumen, en un escenario de grandes transiciones atravesado por brechas múltiples, el estado de bienestar del siglo XXI solo puede abordar la construcción de justicia desde políticas públicas con la capacidad de conectar igualdad con diferencias, autodeterminación personal con vínculos de fraternidad. Y el estado de bienestar del siglo XXI solo puede abordar la construcción de democracia desde un nuevo paradigma de administraciones públicas, desde la coproducción de políticas y prácticas sociales, y desde una dimensión de proximidad ubicada en el eje del proyecto.

Bibliografía

ALGUACIL, J.; CAMACHO, J.; HERNÁNDEZ AJA, A. (2014). "La vulnerabilidad urbana en España. Identificación y evolución de los barrios vulnerables", *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 27, 73-94.

- BLANCO, I.; CRUZ, H.; GOMÀ, R.; PORCEL, S.; ANTÓN, F. (2021) "Densidad institucional, organización ciudadana y vulnerabilidad urbana, en: O. Nel-lo (ed.). *Efecto Barrio*. València: Tirant, 177-200.
- BLANCO, I.; GOMÀ, R. (ed). (2022). *¿Vidas segregadas? Reconstruir fraternidad*. València: Tirant.
- BONET, J. (2021). "Construir gobernanza participativa. Redes que (co)producen bienestar", en: R. Gomà y G. Ubasart (eds.). *Vidas en transición. (Re)construir la ciudadanía social*. Madrid: Tecnos, 313-330.
- CHECA, J.; DONAT, C.; NEL-LO O. (2022). "La segregación residencial y los recursos municipales", en: I. Blanco y R. Gomà (eds.). *¿Vidas segregadas? Reconstruir fraternidad*. València: Tirant, 233-260.
- ECAMB (2022). "Enquesta de relacions veïnals i convivència". Barcelona: Institut Metròpoli.
- EPA (2023). "Encuesta de población activa". Instituto Nacional de Estadística.
- FRASER, N.; HONNETH, A. (2003). *Redistribution or recognition*. Nova York: Verso.
- DONAT, C. (2021). "Segregación residencial, recursos públicos y políticas municipales", en: O. Nel-lo (ed.). *Efecto Barrio*. València: Tirant, 157-176.
- EMCV (2021-2022). "Estadístiques metropolitanes de condicions de vida". Barcelona: Institut Metròpoli.
- GOMÀ, R. (2018). "La metròpoli entre la gentrificació i el dret a la ciutat", en: C. Donat, S. Porcel y R. Gomà (eds.). *Gentrificació i dret a la ciutat*. Barcelona: IERMB, 12-16.
- GOMÀ, R.; UBASART, G. (2021). *Vidas en transición. (Re)construir la ciudadanía social*. Madrid: Tecnos.
- INFORME FOESSA (2019). *VIII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España*. Madrid: Fundación FOESSA.
- KLINENBERG, E. (2021). *Palacios del pueblo*. Madrid: Capitán Swing.
- LEBRUSÁN, I. (2019). *La vivienda en la vejez*. Madrid: Politeya.
- MARTÍ, M.; CONDE, C.; TERMES, A. (2020). "La resiliència municipal davant la crisi de la covid-19 a la metròpoli de Barcelona". Barcelona: Institut Metròpoli.
- MIRALLES, J. (2022). *Ciutats sense por*. Barcelona: Fundació Sentit Comú.
- MORENO, S.; BORRÀS, V.; CRUZ, I.; PORCEL, S. (2023). "La experiencia del trabajo a distancia durante el confinamiento en Cataluña: una aproximación desde la perspectiva de género", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 183, 77-100.
- MURRIÀ, M.; SOBRINO, C.; LÓPEZ-RIBA, J. M. (2022). "Resultats sintètics ECAMB 2022". Barcelona: Institut Metròpoli.
- NEL-LO, O.; BLANCO, I.; GOMÀ, R. (eds.) (2022). *El apoyo mutuo en tiempos de crisis*. Buenos Aires: Clacso.
- NEL-LO, O.; CHECA, J. (2022), "El binomio imprescindible. Políticas públicas e iniciativas solidarias en España en la pandemia covid-19, en: O. Nel-lo, I. Blanco y R. Gomà (eds.). *El apoyo mutuo en tiempos de crisis*. Buenos Aires: CLACSO, 131-162.
- OHB (2022). "L'habitatge a la metròpoli de Barcelona el 2022". Barcelona: OHB-Institut Metròpoli.
- PIKETTY, T. (2021). *Breve historia de la desigualdad*. Barcelona: Deusto.
- PINYOL-JIMÉNEZ, G. (2021). "Dinámicas migratorias, espacios multiculturales y retos multinivel", en: R. Gomà y G. Ubasart (eds.). *Vidas en transición. (Re)construir la ciudadanía social*. Madrid: Tecnos, 74-89.

PORCEL, S.; NAVARRO, L.; ANTÓN, F.; CRUZ, I. (2018). “La suburbanització de la pobresa com a efecte metropolità de la gentrificació”, en: C. Donat, S. Porcel y R. Gomà (eds.). *Gentrificació i dret a la ciutat*. Barcelona: IERMB, 94-113.

PORCEL, S.; ANTÓN, F. GIL, D.; CRUZ, I. (2023). “L’IVU: adaptacions, millores i nous resultats”, en: AA.VV. (eds.). *Recerca urbana per transformar*. Barcelona: Institut Metròpoli.

PORCEL, S.; GOMÀ, R. (2020). “La metròpoli de Barcelona: desigualtats socials, fractures urbanes i agenda de polítiques”, *Crític*, 20/02/2020. Disponible en: <https://www.elcritic.cat/opinio/la-metropoli-de-barcelona-desigualtats-socials-fractures-urbanes-i-agenda-de-politiques-50106>.

REBOLLO, O.; PINDADO, F. (2022). “La segregación cívico-comunitaria”, en: I. Blanco y R. Gomà (eds.). *¿Vidas segregadas? Reconstruir fraternidad*. València: Tirant, 60-84.

ROTH, L.; MONTERDE, A.; CALLEJA, A. (2019). *Ciudades democráticas*. Barcelona: Icària.

SARASA, S.; PORCEL, S.; NAVARRO, L.; CRUZ, I. (2022). “La desigualdad y la pobreza en el primer año de pandemia Covid-19 en España”, en: *Recerca Metròpoli*. Barcelona: Institut Metròpoli.